

GER.—¡Lo mejor de Santiago es el Preguntoiro!

BAR.—Bien contestado... y bien soplado. De toda la tierra y de cuanto se ve por el cielo... ¿qué es lo más hermoso?

GER.—Las mujeres.

AUG.—De las mujeres, ¿cuáles?

GER.—Las gallegas.

AUG.—¿De las gallegas?

GER.—Las de Santiago.

AUG.—Y entre las de Santiago, ¿cuál es la primera?

BAR.—¡La segunda, tñ! ¡La primera es Moncha divina, caray!

MAN.—¡Es Mari Pepiñal

MAD.—¡Es Sabelal

AUG.—Son todas primeras, filliños... no os sulfuréis. Pero pregunto por la primera para Gerardo.

GER.—Yo, la verdad, no tengo novia...

AUG.—Eso ya lo declaró el procesado en el sumario... Ahora tenga la bondad de clarearse un poquito, si es que le merecemos la confianza.

GER.—¡Eso sí!

AUG.—Pues hocique, hermano, hocique...

BAR.—¿Te da vergüenza proclamar una admisión noble y leal?

GER.—¡No! ¡Lo más hermoso y lo mejor del mundo, para mí, es Carmaña Castro Retén!

PIT.—¡Viva Carmañal

TODOS.—¡Vival

AUG.—¡Viva el encantño del Preguntoiro!

TODOS.—¡Vival

GER.—Pero os juro que no tengo nada con ella...

ESCENA VI

Dichos. MANUELA, por izquierda

MANU.—¡Ay, don Gerardo!... Le traen para usted esta carta del Preguntoiro.

(Una pausa, mirando todos a Gerardo, que baja la cabeza avergonzado.)

BAR.—¡Conque no había nada, eh, ladrón!

(Y le larga una piña.)

PIT.—¡Vivan los novios!

GER.—¡Le mandé hoy mi primera carta, declarándome... y no esperaba tan pronto la contestación.

BAR.—¡Estas pavas te le corren como liebres!

MANU.—Y luego, don Gerardo, ¿la toma, o qué?

GER.—¡Ya lo creol *(Dándole un duro.)*—Para ti.

MANU.—Muchas gracias y que Dios le dé muchas novias.

AUG.—Para muchos duros. Comprendido.

(Mutis Manuela.)

BAR.—Mi enhorabuena más cumplida por las dos cartas de hoy.

GER.—(Que se guardó discretamente la carta para saborearla a solas.)—Esta es la única, ¡Palabra!

BAR.—¿Ya no te acuerdas, ingrato? Pues la otra también te le fué magnífica.

GER.—¿Qué otra carta?

BAR.—La del entrés. ¡El siete, hombre!

SAM.—(Suspirando, doliente.)—El siete... ¡ay!

MAN.—(Consolándole.)—Reveses de la fortuna voluble, Samoerño... Hay que poner buena cara... y hay que devolverme la corbata, ¿sabes?

NIETO.—Querido Gerardo... en tu honor y en el de esa preciosidad de criaturiña que te llevas, esta noche voy a hacer locuras con la flauta...

GER.—Muchas gracias...

NIETO.—¡Verás qué trinos y qué arpegios! Tengo empeño en que... (Cortando trágico.)—Bueno... Ya sabes tú lo del empeño...

AUG.—Tendrás afán por leerla, ¿eh? ¿Quieres que nos vayamos? ¿No? ¿Pues apártate y nosotros disimularemos.

UNA VOZ EN LA CALLE.—¡Nieta! ¡Nietino!

NIETO.—Los de la tuna... (Abriendo el balcón.)—¡Ya vamos! ¿Qué os parece una canción para solemnizar la lectura?

AUG.—¡Mortal!

MAN.—Anda con ella, Nietino. Una copla de Rosalía o de Curros.

MAD.—Un buen pretexto para dejar solo a éste un momento, que lo agradecerá.

BAR.—A cantar, sí, que unidos deben ir siempre los cantares y los amores.

En lo que dice un cantar

y en lo que dice un amante

no hay diferencia bastante

para poderla apreciar,

Hablan con igual porfía

y se expresan de igual modo:

¡quizás no sea verso todo...

pero todo es poesía!...

AUG.—¡Bravo, Casimiro! Eres el Rosalío Castro de la Universidad.

MAD.—Bajas en seguida, ¡eh! Pues andando nosotros.

(Van saliendo todos por izquierda.)

GER.—(Volviéndose de espaldas abre la car-

ta, se la queda mirando atónito, y al fin la tira con rabia al suelo.)—¡Maldita sea!

(Todos entran rápidos.)

PIT.—¿Qué es?

BAR.—¡Ay, Virgen de la Esclavitud!

MAN.—Cucurbitáceas tenemos...

AUG.—¿Qué te pasa? (Recogiendo la carta.)
—«Señorita doña Carmina...»

GER.—(Serenándose por fuera.)—Nada de particular. Que esa señorita cursi y mal educada me devuelve groseramente mi carta sin abrirla siquiera. Nada. ¡Cosas de provincias!...

MAN.—Fíemós, hijos, fíemós, que se meten ya con la provincia... y de eso a meterse con nosotros no hay el borde de una uña.

(Mutis.)

ESCENA VII

GERARDO, AUGUSTO y BARCALA. Las voces en la calle

AUG.—Tú tienes la culpa...

GER.—Ya lo sé...

AUG.—Has dicho ansiosamente que a ésa no había más que mirarla para que cediera, y que no estaba mal para un noviazgo de estudiante. Lo ha sabido...

BAR.—Lo ha sabido, sí. Me consta.

AUG.—Y ahora te demuestra que vale para algo más.

GER.—Lo que ella no sabe, y vosotros tampoco, es que yo me felicito de esa impertinencia.

BAR.—¿Te felicitas?

GER.—¡Sil!

BAR.—Bueno. Estáte por ahí, que ya te llamaré...

GER.—(Sentándose malhumorado.)—Este capricho, que no es otra cosa...

AUG.—¿No es más?

GER.—No.

AUG.—¿No?

GER.—¡No!

AUG.—Bueno, hombre. Pero no te incomodes para demostrar que no te importa.

GER.—Es tu insistencia la que me mortifica.

AUG.—(A Barcala.)—¿Tronada, tú?

BAR.—(Sentado a los pies de la cama.)—Tronada parece, sí...

GER.—Este capricho me retenía un poco, pero hoy escribo a mi padre pidiéndole autorización para marchar... y si no me la concede me marcho sin ella de este pueblo aborrecido.

AUG.—¿Y el pueblo qué te hizo de malo, hombre?

GER.—Ser como es de triste, de agobiador...

AUG.—¡Bah, bah! La morriña de ahora te le es de las calabazas...

GER.—¡No, no! Es de la ciudad, del ambiente...

LA VOZ DEL SERENO.—¡Ave María Purísima!
¡Las oncel! Y lloviendo...

GER.—¿Lo ves?...

AUG.—¿Y eso qué?... El agua acompaña...

BAR.—¿Y no ha de acompañar?...

¡Cómo chove, mihudiño,

cómo mihudiño chovel...

¡Cómo chove mihudiño

po-la banda de Laiño,

po-la banda de Lestrove!...

GER.—¡Calla tül Aun por el día... y cuando estoy con vosotros, me parece posible la estancia aquí; pero al quedarme solo, especialmente de noche, se me cae encima la ciudad, las piedras de las casas, la mole de la catedral, las mil campanas de las quinientas iglesias...

BAR.—Ya las recordarás con pena cuando oigas otras...

Campanas de Bastabales...

¡Cuando vos oigo sonar

muérome de soledades!

GER.—¡Calla! Es la ciudad triste, la ciudad

quejumbrosa y doliente, que nos envuelve en murrias, en nieblas y en el continuo espanto de los muertos y de los aparecidos... ¡No puedo más! ¡No puedo más!

AUG.—¡No te acongojas tú poco que digamos!...

GER.—Pero si aquí es congoja todo! El ambiente, el silencio, el aire...

BAR.—El aire no, herejel!

Airiños, airiños, aires,

airiños da miña terra...

GER.—¡Calla!

BAR.—Airiños, airiños, aires,

airiños, levadme a elal...

GER.—Calla, te lo suplico, que me ponéis desesperado con esas coplas morriñosas, que entristecen, que enervan...

LA VOZ EN LA CALLE.—(Después de oirse la campanilla.)—¡Hermanos!

GER.—¡Cerrad!

LA VOZ.—Recen un padrenuestro por el alma de don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad.

(Se aleja el tintineo de la campanilla.)

GER.—¡Cerrad la ventanal ¡Por Dios, cerradla! ¿No veis que la ciudad entera se desploma sobre mí? ¿No lo veis?

AUG.—Vaya, vaya, hay que calmar esos nervios.

LA TUNA (O UN TUNO DE BUENA VOZ.)—(En la calle.)—Unha noite n'a era do trigo...

GER.—¡Que callen, por Dios! ¡Por caridad, que callen!

(La tuna sigue la estrofa primera.)

AUG.—¡Nieto, Nietito!

NIETO.—(En la calle.)—¿Qué, hom, qué?

AUG.—Calládevos un poco.

BAR.—Vamos claros de una vez, Gerardo. ¿La quieres o no la quieres?

GER.—(Brincando indignado.)—¿Yo? ¿Enamorado yo de esa cursi y de esa antipática?

BAR.—Sí, tu excelencia.

GER.—No, hombre, no. ¡Qué voy a estar!

BAR.—Pues entonces asunto concluido.

GER.—De todas maneras.

AUG.—De todas maneras no, que a Barcala le sería facilísimo el obligarla a que lea la carta y a que la conteste.

GER.—¿Facilísimo?

AUG.—Moncha es prima hermana de Carmen.

BAR.—Primiña... Y dándole la carta a ella no tenía más remedio que contestar la otra.

GER.—¿Y tú harías eso por mí, Barcala?

BAR.—¡Quia, hombre! ¿Para tu caprichito y para una antipática? ¡Quia!

GER.—¡Habla en serio, Barcala.

BAR.—¿No es serio lo de la antipatía?

AUG.—Sírvase vucencia cantar la gallina...

GER.—¡Responde, por Dios!

AUG.—Hocique, hermano hocique...

BAR.—¿La quieres o no?

GER.—(Abrazándose a Barcala y rompiendo ya el claro secreto de su alma.)—Si la quiero, Barcaliña, sil La quiero de veras, con toda a miña alma e todo o meu corazón.

AUG.—¡Y lo dice en gallego! Está *perdido* este mozo, Barcala, *perdido* completamente.

GER.—¡Sil ¡A quero! ¡E mi vidiña e a luz dos miños ollos!

BAR.—Como idioma gallego, estás para que te pegue dos tiros un regionalista... pero como buen amor te las puedes poner con el mismo Macías el enamorado. ¡Daca la cartal!

GER.—¡Gracias! ¡Gracias!

AUG.—¡Nietol ¡Nietño! ¡A una! ¡A dos! ¡A tres!

(*Sigue desde el balcón dirigiéndose a la tuna.*)

LA TUNA.—Unha noite n'a era do trigo..., etc.

GER.—¿Contestará?...

BAR.—Y diciéndote que sí... ¡De eso ya sé yo algo por Moncha!

GER.—¡Ay Barcaliñal (*Abrazándolo.*)—¡Viva Galicia! ¡Viva Santiago!

BAR.—¡Viva, sí, pero no estrujes!

(*El canto sigue hasta después de caer el telón.*)

Durante todo el acto, hasta la final escena, los estudiantes harán lo que les dé la gana, brincando, saltando, pintando monos y un *viva don Servando* en la pared, para dar impresión de gente moza y bullanguera.

CAPÍTULO TERCERO

La Plaza de Platerías. Al fondo la Catedral, con el pórtico practicable. Es por la mañanita, en Febrero. Durante el acto entrarán y saldrán de la Catedral las personas y en el momento que el director considere oportunos.

ESCENA PRIMERA

EUDVIGIO, una vieja, una rapaza, en el pórtico. Una señora viene por izquierda, da limosna a todos y entra.

EUD.—Santos amaneceres tenga.

VIEJA.—(*Alzando el cortinón.*)—Y rece por los pobres, doña Manuelita, que las oraciones de usted van muy derechas.

SEÑORA 1.^a—(*Desentendiéndose.*)—Buenos días, buenos días.

(*Mutis.*)

VIEJA.—Es una santa.

EUD.—Es. Pero con cuarenta mil reales de renta también yo era santo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
19 de 1625 MONTERREY, MEXICO